

## Lluvia a petición

Atardecía un día claro de finales de mayo. Las nubes altas, más altas que los aviones, eran de un azul limpio, sin sombra de blancos ni grises que presagiaran la ansiada lluvia.

En la cantina de Quintanilla del Campo, un pueblo cerealista de la Castilla seca y horizontal, estaban los parroquianos habituales y, como siempre en los últimos tres meses, hablaban del tiempo. No había llovido desde primeros de marzo y al menos la mitad de la cosecha del año podía darse por perdida.

Zacarías, viejo labrador de grave vozarrón y un sempiterno gesto hosco, maldecía ante un vaso de vino y culpaba a todo lo divino y lo humano de la sequía. Ángel, el guarda, dijo que en Cuba había instalaciones para hacer llover cuando quisieran los agricultores. El alcalde, Leoncio, se interesó por el asunto y se acercó a la capital castellana para hablar con un chico cubano que trabajaba en una tienda de aperos de labranza.

Ernesto, el muchacho, ponderó la bondad de un procedimiento que utilizaban en su tierra para provocar la lluvia. El sistema consistía en unos cohetes que se lanzaban contra las nubes y regaban la zona deseada con partículas de una sustancia muy higroscópica que atraían el vapor de agua de la atmósfera. Se formaban gotas alrededor de los núcleos esparcidos y cuando las gotas eran grandes caían por gravedad. Fácil, dijo el chico, al que encargaron un equipo completo para hacer llover, incluidos abundantes cohetes. Tardó casi dos meses en llegar desde la isla caribeña y lo guardaron todo en una caseta prefabricada que formaba parte del envío y en la cual había, entre otras cosas, una completa estación meteorológica.

Los fondos los aportó el ayuntamiento, utilizando el dinero de las rentas obtenidas por la cesión de suelo municipal para instalar los molinos eólicos.

A finales de setiembre se empezó a montar el flamante dispensador de lluvia, como le llamaban los expertos, en el alto de las Piedras de Quintanilla. El técnico era Fidel, un amigo de Ernesto que conocía el material. El alcalde, Leoncio, anunció con solemnidad que el día quince de octubre harían una demostración a las ocho de la mañana.

Antes de amanecer del día fijado para la prueba, aparecieron unas pequeñas nubes por el este, que tapaban el sol pero no amenazaban con descargar agua, al menos de forma inminente. La gente esperaba ansiosa y alrededor de las nueve se inició el experimento.

Los cohetes disparados contra lo alto hacían explosión con estrépito y repartían su carga de núcleos higroscópicos. Empezaron a acercarse nubes grises y cerca de mediodía las primeras gotas cayeron sobre el alto de las Piedras, mojando a los numerosos vecinos que estaban viendo el fenómeno, aunque Anselmo, el pastor, aseguraba que hubiera llovido con cohetes o sin ellos.

Todo el pueblo estaba alborozado. Se establecieron fechas y horarios para utilizar la caseta, aunque no quedó claro el tiempo que tardaba en hacer efecto el bombardeo, a veces días e incluso semanas. Los resultados dependían de la existencia de nubes y la cantidad de lluvia era, a menudo, escasa.

El agua trajo, además de poco riego, algunos problemas. El viejo Abilio, con ochenta años muy lúcidos, decía que aquello no era tan milagroso, pues esperaban para tirar los cohetes a que hubiera nubes. El inconveniente mayor fue el de acertar con la zona donde debía de llover, porque no pocos artificios se habían gastado para regar lo del pueblo vecino.

Uno de los incidentes lo tuvieron cuando le tocaba el riego a las remolachas de Zacarías, las únicas de Quintanilla. Los expertos consiguieron, después de intentarlo durante tres días, que lloviera sobre el chalet del alcalde, justo cuando había organizado una barbacoa con unos amigos de la capital. Además, ese día cayó con ganas y el hosco labrador de la voz de trueno gritaba que lo pararan, que era el agua de sus remolachas. La señora Juliana no se cansaba de decir que tenía que caer encima del pueblo para que se limpiaran las calles y se regaran sus tiestos, que también tenían derecho.

Por marzo del año siguiente dejó de funcionar el sistema. No aparecieron nubes y los cohetes no servían para provocar la esperada lluvia.

El tiempo siguió seco hasta que Zacarías, la tarde de un sábado a finales de mayo, fuertemente colocado tras una abundante ingesta de coñac, dijo a voces en la cantina que él iba a regar sus fincas.

Salió del bar y se dirigió a la caseta del dispensador de lluvia por el camino de las Piedras, con media docena de voluntarios y sus dos chicos. Ya en la caseta, el malhumorado labrador abrió el cuarto de los cohetes y sacando un

mechero encendió uno de los más grandes junto a la puerta. Encender el cohete y desatarse el infierno fueron dos hechos casi simultáneos. Las chispas que salían del primer artefacto prendieron en los que estaban almacenados y las explosiones que se producían al tropezar en las paredes de madera hicieron saltar en pedazos el dispensador de lluvia. Los cohetes volaron libremente en todas las direcciones.

Los que habían subido a las Piedras, alarmados, estaban fuera de la caseta y corrían ya camino abajo, lo que les evitó problemas más graves que los revolcones y las caídas provocados por la prisa de todos y la embriaguez de algunos, porque los trozos de la instalación salían disparados como proyectiles sin control alguno.

En el pueblo estaban asustados y salieron a ver lo que ocurría. Un ruido de cristales rotos hizo a los parroquianos del bar mirar hacia la ventana de la taberna, por la que había entrado el anemómetro de la estación meteorológica, que aterrizó violentamente al lado del mostrador.

Abilio, un vecino, contemplaba el espectáculo junto a su amigo Aurelio, quien observando a los que corrían huyendo de los cohetes y a los propios artificios pirotécnicos amenazando a los corredores dijo:

-¡Mira, parece un encierro de Pamplona, pero con fuegos artificiales!

El aguacero que se desencadenó, en puridad un diluvio, evitó los incendios aunque no impidió la desaparición del equipo que atraía la lluvia.

A partir de octubre llegó un tiempo largo de sequía y en enero, para San Antón, fueron unos labradores a ver al párroco para pedirle que hiciera una rogativa, porque el arroyo venía casi seco, el terreno estaba muy duro y las remolachas necesitaban agua con urgencia.

Don Matías, el viejo cura, un bendito, miró al cielo, alto y azul, sin una nube y dirigiéndose a sus feligreses, encabezados por Zacarías, les dijo:

- Si queréis sacar el santo, le sacamos, pero para mí que no está de llover.